

vuestras culpas, pero le irrita todavía mas esa obstinacion que algunos mostrais en no querer confesarlas. Si las confesais, por muchas, por enormes que sean, él es bastante fiel y justo para perdonáros las todas, como asegura san Juan : *Si confiteamur peccata nostra, fidelis est et justus, ut remittat nobis peccata nostra*<sup>1</sup>; pero si no las confesais, él es tambien bastante justo y fiel para cumplir la palabra que tiene dada de no perdonáros las eternamente : *Quorum retinueritis, retenta sunt*<sup>2</sup>. Animaos, pues, á confesarlas, venciendo esa vergüenza que, como acabo de manifestaros, es infundada en sus motivos, injuriosa á Dios, y perjudicial á vuestras almas. Así espero lo haréis en esta Cuaresma, de modo que el dia que os presentaréis á confesar podais decir á Dios con toda verdad : ¡Ah, Señor! aunque al manifestar mis pecados siento cubrirse el rostro de rubor y confusion, Vos veis que hago una confesion ingénua, franca y sincera : *Operuit confusio faciem meam. Tu scis confusionem meam*<sup>3</sup>. Amen.

<sup>1</sup> I Joan. i, 9. — <sup>2</sup> Joan. xx, 23. — <sup>3</sup> Psalm. LXVIII, 8, 20.

## CUARTO DOMINGO DE CUARESMA.

Con solo correr la vista sobre el evangelio de este dia se ve, que de él pudieran sacarse tres sermones muy excelentes, y que tendrian la gran circunstancia de la oportunidad. El uno seria sobre el cumplimiento pascual, y se deduciria del texto que dice : *Erat autem proximum Pascha dies festus Judæorum*. El otro versaria sobre la comunión sacrilega, y se inferiria de aquellas palabras : *Accipit ergo Jesus panes, et distribuit discumbentibus*. El último recaeria sobre la huida de las ocasiones, y se le daria por tema : *Abiit Jesus trans mare Galilææ... et sequebatur eum multitudo magna*. Como hemos dicho, todos estos sermones son muy oportunos para predicarse en este dia, mas siendo forzoso limitarse á uno solo, damos la preferencia al último. Hélo aquí :

### Fuga de las ocasiones.

*Abiit Jesus trans mare Galilææ... et sequebatur eum multitudo magna. (Joan. vi, 1).*

La Iglesia, que no tiene otro anhelo en este tiempo de Cuaresma que el de mostrar á los pecadores todos los pasos que han de dar para llegar á una verdadera conversion, despues de haberles propuesto en el domingo pasado el triste espectáculo de un hombre hecho mudo por el demonio, figura de los que callan sus pecados en la confesion, les pone hoy á la vis-

ta el edificante ejemplo de una turba que, enamorada de la predicacion de Jesucristo, y atraida de los milagros que le veia obrar sobre los enfermos, le siguió al otro lado del mar de Galilea, país desierto é inhabitado, huyendo, digámoslo así, del trato y comunicacion del mundo : *Abiit Jesus trans mare Galilee, et sequebatur eum multitudo magna.*

¿Por qué Jesucristo condujo las turbas al despoblado? Para enseñarnos que es sumamente peligroso tener trato y comunicacion con el mundo, y que no se puede llegar á una conversion verdadera, sino huyendo cuanto sea posible de las ocasiones y peligros que en él tanto abundan. ¿Comprendeis, pecadores, esta doctrina toda celestial? No, que si la comprendiéseis, no le haríais esa oposicion tenaz que le haceis. Todos los días os estamos diciendo que, sin quitar las ocasiones del pecado, es imposible convertirse sinceramente á Dios; que viviendo en ellas, no es dable conservar la gracia y la virtud, que el huirlas es una obligacion rigorosa, cuyo olvido os hace indignos de la absolucion. ¿Y qué haceis vosotros? Os sublevais contra esta doctrina, tratando de vanos escrúpulos nuestros avisos, calificando de celo indiscreto nuestras exhortaciones, diciendo que exageramos las cosas, y que en las ocasiones no hay tanto peligro como se quiere suponer.

Sé las razones que alegais para probar vuestro aserto, pero sé tambien que están fundadas en suposiciones falsas. Vosotros suponeis tres cosas á cual mas absurda : 1.<sup>a</sup> suponeis que la ocasion no tiene bastante fuerza para haceros pecar : 2.<sup>a</sup> suponeis que á vosotros os sobran las fuerzas para resistir : 3.<sup>a</sup> suponeis que Dios, asistiéndoos con su gracia, no os dejará caer. Escuchadme con docilidad, que confio haceros ver toda la insubsistencia y falsedad de estos principios.

Si máxima hay en el mundo que sea condenada por la fe,

reprobada por la razon y desmentida por la experiencia, es la de los que dicen que la ocasion, considerada en sí misma, no tiene bastante fuerza para precipitar en la culpa. ¿Quién no sabe que ella ha sido el escollo fatal donde han tristemente naufragado tantos hombres santos, que habian resistido al ímpetu de las tentaciones mas fuertes? Nunca se está mas en disposicion de pecar que cuando se está en la ocasion : entonces los sentidos tocan el objeto, y le tocan muy de cerca : entonces la presencia del objeto irrita y pone en movimiento la pasion : entonces para llegar á la ejecucion solo falta un paso. Y cuando solo falta un paso, ¿es posible detenerse, sobre todo empujando la inclinacion natural?

Aquí está el engaño de los que piensan poder tomar de las ocasiones una satisfaccion inocente, sin consentir de modo alguno en el mal. Voy á la comedia, dice uno, no por mal, sino para admirar la agudeza de la invencion, la novedad de los actores, la melodía del canto. Leo aquel libro, dice otro, no por mal, sino para recrearme en la nobleza de los pensamientos, en la elocuencia del estilo, en la belleza de las frases. Trato con aquella persona, dice otro, no por mal, sino solo para disfrutar de su conversacion amena y simpática. ¡Ah, hijos míos! tampoco el pez busca el anzuelo, ni la fiera el lazo que le arma el cazador, sino el cebo que se les pone en aquellos instrumentos; mas ¿dejan por esto de quedar prendidos, y de encontrar la muerte? No os supongo tan perdidos, que crea busqueis el pecado en la ocasion, antes estoy bien persuadido que todos separaríais lo uno de lo otro, si fuesen cosas realmente separables. Pero ¿qué importa que no busqueis el pecado en la ocasion, si de hecho buscáis la ocasion que os precipita en el pecado? Porque uno diga que no quiere quemarse, ¿dejará por esto de hacerlo, si se arroja al fuego?

Pero puede hacer una cosa, diréis, puede ponerse junto al fuego, y mantenerse á cierta distancia, no arrimarse demasiado á él, y luego que siente demasiado calor, retirarse.—¿Y cómo lo haréis esto, puestos en la ocasion?—Nos pondrémos en ella, pero nos prefijarémos ciertos límites, nos mantendrémos á cierta distancia; y si la pasión comienza á exaltarse, al punto nos retirarémos.—No puede negarse, hijos míos, que esa salida es ingeniosa, pero yo os digo francamente que, puestos en la ocasion, no os mantendréis dentro los límites que os habeis prefijado, sino que saltaréis la barrera, y pereceréis. Y para convenceros de esto, idos con el pensamiento al paraíso terrenal, y observad á aquella mujer que acaba de salir de las manos del divino Hacedor. Se está paseando á hora de siesta por aquel delicioso jardín, recreándose con el olor que exhalan las flores, con el sonido agradable que hacen las aguas, y con el canto alegre con que las aves saludan el nacimiento de la naturaleza. Distraida y absorta en la contemplacion de las maravillas que la rodean, llega sin advertirlo al pié de aquel árbol cuyo fruto le está prohibido comer. Llegada allá, levanta los ojos, descubre por entre el follaje algunas manzanas hermosas á la vista y agradables al paladar, y como fascinada por su belleza, se pone á mirarlas muy despacio: *Vidit mulier quod bonum esset lignum ad vescendum, et pulchrum oculis*<sup>1</sup>. Lárgate, mujer, grita san Bernardo, no te detengas, ¿qué haces ahí contemplando lo que te está prohibido tocar? *Quid spectare libet, quod manducare non licet?*—¡Ah, censor escrupuloso! responde Eva: ¿y qué no ves lo que hago? Miro, pero de aquí no paso: contemplo el fruto, pero no lo toco: *Oculos tendo, non manum*. Mirar un fruto tan bello como este ¿por ventura no

<sup>1</sup> Gen. III, 6.

puede hacerlo cualquiera que tenga ojos en la cara? Dios no me ha dicho que no lo mirara, sino que no lo comiera: *Non est interdictum ne videam, sed ne comedam*.—¿Veis, hijos míos, como Eva también se ha prefijado límites? ¿Veis como quiere mantenerse á cierta distancia del pecado? ¿Veis como propone no ir mas allá de lo lícito? Pero ¿qué sucede? que la hermosura del fruto le despierta la gula, le irrita el deseo de gustarla; y ella, como si hubiera perdido el tino, la coge, la come, y se traga la muerte. Pero ¿y los límites?... ¿y los propósitos?... ¡Qué propósitos, ni qué límites! estas son bellas palabras, que pronto quedan desmentidas por los hechos.

Ya está visto, dirá algun libertino, este es un sermón que va á llenarnos á todos la cabeza de escrúpulos. Porque, si el peligro que hay en las ocasiones es tan cierto como se nos dice, y estar en medio de ellas es cosa indispensable á quien, como nosotros, vive en el mundo, será necesario, ó que todos nos hagamos ermitaños, ó que renunciemos para siempre el paraíso.—Ninguna de estas dos cosas es verdad: ni hay necesidad de que os hagais ermitaños, ni de que renunciéis el cielo; sino solo de que seais mas cuerdos y prudentes. Verdad es que en el mundo abundan las ocasiones; pero ¿cuántas pudiérais evitar, si procediéseis con mas cautela y circunspeccion? ¿Qué necesidad hay, por ejemplo, de entrar en esa casa donde sabeis que habeis de luchar con una fuerte tentacion, la cual mas de una vez os ha puesto ya en peligro inminente de perder la gracia? ¿Qué necesidad hay de mezclarse con esa gente que se dice de buen humor, y que en buen romance debe llamarse gente libertina, relajada, perdida, capaz de pervertir el corazón mas bien formado? ¿Qué necesidad hay de leer esos libros reprobados por el moral, y condenados por la Iglesia; libros escritos de intento para descatolizar á la juventud, arruinar la sociedad, y acabar, si

posible fuera, con la Religion de Jesucristo? ¿Qué necesidad hay de entrar en esos teatros, en esas salas de baile, en esas reuniones de uno y otro sexo, donde los sentidos tocan objetos que hacen estremecer la pureza? Todas estas ocasiones, y otras mil que omito por brevedad, ¿no pudiérais evitarlas, aunque vivais en el mundo? ¿Qué decís á esto?

Decimos, respondeis, que V. exagera las cosas, y abulta un tanto el peligro de esas que llama ocasiones del mundo. ¿Y sabe por qué? Porque no las ha visto. Los que no las han presenciado forman de ellas una idea horrible, y las tienen por tentaciones insuperables; mas nosotros que estamos avezados á ellas, las presenciarnos sin que nos hagan ninguna mala impresion.—Antes que os responda, habeis de permitirme os diga quién ha sido el autor de esa vuestra objecion, que si os fuese conocido, tal vez no la hubiérais adoptado. Sabed, pues, que su autor fue Pelagio, heresiarca insigne del siglo V, quien con la mayor desvergüenza escribia á san Jerónimo estas insultantes palabras: Vosotros que vivís encerrados en celdas, y no tratáis con mujeres, sois fuertemente molestados por los impulsos de la carne; y yo que estoy continuamente rodeado de un ejército de ellas, no siento ningun movimiento de la concupiscencia: *Ego etsi fœminarum vallor agnibus, nullam habeo concupiscentiam.*—¿Y qué respondia san Jerónimo al autor de este cúmulo de desvergüenzas? Lo mismo que yo contesto á los que, sin saberlo, nos reproducen el argumento de aquel heresiarca. ¿Tú, pues, le decia, vives en medio de las ocasiones mas peligrosas, y no sientes ninguna mala impresion? Estoy dispuesto á creerte siempre que me pruebes una de dos cosas, ó que no eres hijo de Adan, ó que no heredaste su culpa.

—Es fuerte cosa que no se quiera conocer el peligro que hay en las ocasiones, cuando vemos que los Santos, que tenían

las pasiones mas domadas y el entendimiento mas ilustrado, las huian tanto, que por no encontrarlas iban á sepultarse en los desiertos. Yo quedo atónito siempre que leo una respuesta que san Jerónimo dió al hereje Vigilancio. Escribia este al Santo, preguntándole: ¿por qué en vez de vivir en las ciudades como la gente culta, preferia habitar en el desierto como las fieras? ¿Qué es, le decia, lo que te mueve á tomar este partido? ¿De qué temes?—¿Sabes de qué temo? le respondia el Santo, temo de esas ocasiones entre las cuales tú vives: temo la hermosura y el atractivo de las jóvenes italianas: temo las diversiones peligrosas de Roma: en una palabra, temo el encuentro de alguna ocasion.—Pero ¿no ves, instaba Vigilancio, que esto es huir como el soldado cobarde, que rehusa entrar en el combate?—Paciencia, contestaba san Jerónimo, paciencia: debo confesarte que soy débil, que no tengo fuerzas para luchar con enemigos tan valientes; y así prefiero huir y no ser vencido, á ser vencido por no huir. ¿Qué decís á esto, cristianos? San Jerónimo no se siente con fuerzas bastantes para resistir á un encuentro casual, y no buscado, ¿y vosotros frecuentaréis aquella casa sin dar entrada á reos pensamientos, os entretendréis con aquella persona sin traspasar los límites de una cristiana amistad, leeréis aquel libro sin encenderos en deseos impuros? Para que lo crea, es menester me probeis una de dos cosas, ó que no descendéis de Adan, ó que no ha pasado á vosotros su culpa.

Pero, padre, diréis, ¿que no sabe V. que á donde no llegan las fuerzas de la criatura, llega el poder de la gracia?— Hemos llegado, fieles, al paso estrecho en que os esperaba. Os concedo desde luego que la gracia del Señor puede sostenernos en los mayores peligros, como sostuvo á José solicitado de su señora, á Judit amada del brutal Holofernes, á Susana instada de dos jueces impuros; pero ¿os parece cosa ra-

cional que uno se prometa esta gracia del Señor, cuando, contra su expresa voluntad, se pone temerariamente en peligro de ofenderle? ¿Dónde habeis leído que Dios asista con su gracia al temerario que por gusto se pone en la ocasion? Yo no lo he leído ni en la Escritura sagrada, ni en la historia eclesiástica. He leído que Dios preservó á Judit de la lascivia de Holofernes, á Susana de la intemperancia de dos jueces, á un sinnúmero de inocentes vírgenes de la incontinencia de los tiranos; pero es cierto que ninguna de estas heroínas se habia puesto en la ocasion por capricho. A cuantos se han expuesto á ella por gusto y propia voluntad, los he visto abandonados de Dios, y caidos miserablemente en el pecado. Sanson se puso á tratar muy cordialmente con Dálila, ¿qué sucedió? que perdió las fuerzas prodigiosas de que Dios le habia dotado, y vino á ser el escarnio de sus enemigos. Dina se expuso por curiosidad al trato familiar del hijo del rey de Siquem, ¿qué resultó? un pecado que á la una le costó el honor, y al otro la vida. David se entretuvo en mirar muy despacio á la hermosa Betsabé, ¿qué se siguió de aquí? un adulterio que escandalizó á todos sus vasallos. ¿Veis como Dios abandona á los temerarios, que por humor y capricho se ponen á jugar con el peligro?

La razon de esto es, porque, como notan los teólogos, nunca Dios hace milagros para conseguir una cosa que se puede lograr por medios comunes y naturales. Podia él con un milagro curar á Tobías de su ceguera; pero no quiso hacerlo, porque para ello bastaba la virtud natural del hígado de un pez. Podia con un prodigio levantar la piedra que cubria á Lázaro difunto; pero no quiso hacerlo, porque para ello eran buenos los brazos de los circunstantes. Podia salvar á san Pablo del naufragio, transportándole milagrosamente á la playa; pero no quiso hacerlo, porque esta era cosa que podia

hacerla el mismo Apóstol con su industria. Pues, si vosotros podeis por vosotros mismos retiraros de aquella casa, dejar aquel compañero, no comparecer en aquella reunion, cortar las relaciones con aquella persona, ¿por qué pretendéis que Dios haga un milagro para manteneros puros en medio de aquellos incentivos en que voluntariamente os poneis?

¿Sabeis cuando Dios os asistirá con su gracia? Cuando os pongais en la ocasion, ó por obligacion de vuestro oficio, ó por causa de obediencia, ó por motivo de caridad. *Angelis suis mandavit de te, ut custodiant te in omnibus viis tuis.* Dios, os dice David, ha mandado á sus Ángeles que os guarden en todos vuestros caminos. No les ha mandado que os guarden en los precipicios, notad bien esto, sino en los caminos, *in viis*: y en aquellos caminos solamente que, como he dicho, debeis andar ó por razon de vuestro oficio, ó por obediencia, ó por caridad: *in viis tuis.* Si vosotros nunca os apartais de estos caminos, si huís todas las ocasiones en que no teneis necesidad de ponerlos, entonces sí que, si alguna vez involuntariamente os encontrais en algun peligro, Dios acudirá á vuestro socorro, como acudió al de José, al de Susana y al de Judit. Amen.